

TEXTO C

MATAR AL FARISEO

CONCEPTO DE LA AUTENTICA SANTIDAD

El sentido de la redención no es en primer lugar estar sin manchas.

En realidad, ahora tendría que disponer de tiempo para decirles lo que tan hondamente siento con y por ustedes, al igual que con la humanidad actual. Tengo la impresión de tener, en general, un concepto totalmente erróneo de redención. No sólo nosotros, sino también nuestros teólogos, y también el ámbito público, tenemos un concepto totalmente erróneo de lo que es redención.

¿Cómo solemos interpretar la redención? En otra oportunidad utilicé la expresión del "cuello limpio". Consideramos que estamos redimidos en la medida en que llevamos un "cuello limpio". Pensamos que la gracia de la redención debería liberarnos de la lucha por el alma y el pecado. Esto es totalmente erróneo. Piensen en las personas que luchan profundamente, pero que son confundidas por tremendas pasiones en las que están enredadas. El que ha podido echar una mirada en tales corazones humanos sabe cómo luchan esas personas para elevarse, cómo a la larga dicen: si el Hijo de Dios encarnado puede liberarme tan poco de mis pecados y faltas, debe de ser un pobre redentor.

El sentido de la redención no es en primer lugar el no tener manchas ni pecados. ¿Qué quiere Dios? ¿Por qué permite que hombres con pasiones profundas caigan una y otra vez? ¿Cuál es el sentido inmediato? Dios quiere desarraigar al hombre del suelo de su propio yo. Debe sacárselo de allí. Y, habitualmente, Dios puede hacerlo sólo si nos deja caer, incluso a los hombres que ya se encuentran en los grados más altos de la vida de oración. ¡La naturaleza humana es tan adicta al yo, está tan afectada de la peste del yo! Dios tiene que permitir que una y otra vez se ensucie el "cuello blanco". De lo contrario, nunca seremos desarraigados del todo. ¿Qué quiere Dios? ¿Por qué nos deja caer, por qué permite cada tanto también que se despierten en nosotros pasiones fuertes? Lo hace únicamente para redimirnos de verdad.

La verdadera redención entraña en sí ante todo una abismal humildad. Tomen, por ejemplo, personas que sufren bajo un pecado consuetudinario, una persona, en concreto, que sufre bajo un pecado consuetudinario contra el sexto mandamiento, sufre bajo la masturbación. ¿Creen ustedes que una persona así no puede llegar a ser santa? Con tal que los pecados y las faltas constantemente reiterados nos des-enraícen profundamente del suelo del yo, pueden ocurrir hasta pecados graves –llevándolo al extremo–.

O bien, aplicándolo a nosotros: ¡Cuántos pecados y faltas pueden ocurrir! Nunca estaremos libres de ello. Tampoco lo quiere Dios. Él puede darnos el "cuello blanco" en la medida en que nuestra naturaleza ha sido desarraigada del yo y arraigada en Dios. ¿Perciben qué erróneo es nuestro concepto de redención, cómo en realidad alejamos de Cristo a los hombres que luchan duramente?

Pongamos como ejemplo a un joven o una joven que tiene pasiones tremendas. ¿No debo decirme acaso: si yo tuviese esas predisposiciones, sería como ellos? ¿A quién debes tu redención? A Dios. Dios la realiza. ¿Puedo afirmar que, por tener una naturaleza relativamente noble y pura, no tengo tales luchas? Si así pienso, no estoy redimido. Es erróneo si sólo digo: si yo tuviese tales o cuales predisposiciones, sería igual que este o aquella. Antes bien, debo decir: ¡serías mucho peor, no sólo en lo ascético, sino también en lo teológico-moral! Que no tenga esas pasiones no lo debo a mi naturaleza. Siempre estamos buscando un almohadón de descanso para el yo.

Si entienden correctamente lo que les estoy balbuceando tendrán una serenidad grande frente a toda pecaminosidad e instintividad. Entonces se dirán a sí mismos interiormente, en sus sentimientos: gracias a Dios que ocurren tonterías, no por las tonterías, sino porque, como consecuencia de ellas, viene la humillación. Dios nos quiere totalmente pequeños. (...)

(Humildad y confianza)

Éste es el sentido de la redención: debemos ser desarraigados para ser arraigados nuevamente en Dios. Esto es evidente. Si sólo miramos al calabozo de nuestros instintos, deberíamos volvernos locos. El hombre moderno no lo puede aguantar. Por eso, junto al desarraigo *debe ir parejo el nuevo enraizamiento*: de lo contrario se suscita en nosotros una *consciencia de inferioridad, un sentimiento enfermizo de culpa*. Esto sería erróneo. Por tanto, *debemos ser arraigados con la misma intensidad y simultáneamente en Dios a través de una confianza ilimitada*. Esto es algo que cala muy hondo. Es verdadera santidad. Esta es la voluntad de Dios, no mi "cuello limpio", sino que yo llegue a ser profundamente humilde y me entregue a él con una confianza ilimitada.

Con ello he dado respuesta a un montón de preguntas que han planteado o que tienen aún en su interior. Si mi temperamento es todavía tan rebelde y vivaz, ¿debo acaso tener entonces como examen particular "debo ser equilibrado"? Dios se alegra cuando las estrellas son distintas, cuando las flores irradian un fulgor diferente. Y aun cuando él quisiera el equilibrio, ahora no lo quiere todavía. Él no quiere, por de pronto, que yo sea inmaculado, sino que llegue a ser más humilde.

Esto es sumamente diferente de lo que solemos oír. Se diría entonces: ¿Puedo decírselo a la gente?¹ Ciertamente. ¿Significa esto que me está permitido pecar? No. Lo hacemos, por cierto, cometemos tonterías. Sólo pienso que deberíamos dar una orientación clara. En primer lugar, profunda humildad.

Piensen en lo que hemos hablado en estos días en las conversaciones privadas. Cuánto sufren ustedes bajo ustedes mismas. ¡Agradezcan a Dios por ello! Está claro: la naturaleza quisiera ser pura. Es sano que así sea. El anhelo es un trozo de paraíso. *Pero porque la naturaleza no sea pura no debo pensar que Dios no me quiera*. Él me quiere tanto porque permite que yo tenga tales sentimientos. Aquí tenemos también el superhombre verdadero, cristiano.

Reitero una vez más: con el tiempo ya adquiriremos un "cuello limpio", pero no porque queramos tenerlo sino porque Dios nos lo regala, una vez que hemos querido llegar a ser bien pequeños. Nuestro ser niños debería curar nuestro pensar y sentir totalmente deformes. ¿No creen ustedes que esto sea posible? Si Dios las hace realmente pequeñas, verán lo sanas que serán en su pensar y sentir. Entonces ya no diremos permanentemente: ¡Oh Dios, apiádate de mí, que soy un pobre pecador! Sé exactamente lo que puedo exigir para mí.

Hay gente que piensa que, si quiero ser humilde, debo ser anormal, que no debo vivir despierta y alegre. Es un concepto equivocado. Supongo que ustedes lo saben: humildad es verdad. Reflexionen sobre ello y pidan verlo con claridad creciente. Entonces verán *lo libres que llegarán a ser interiormente*. Veremos también cómo nos sostiene la gracia de Dios y utilizaremos las luchas y dificultades que nos tocan como el mejor medio para llegar a los brazos de Dios. Él quiere hacerlo; él quiere realizarlo. Nosotros no lo podemos. Consciencia de ser miembros de Cristo. Él vive en mí. Él lo realiza en mí. Debo decir, una vez más: toda santidad, pero también toda infancia espiritual deben llegar algún día a poseer esta actitud. En la medida en que luchamos por la santidad de niños, debemos decir que nuestra santidad adquiere esta forma de marcada infancia espiritual. El niño juega ante Dios; no como si en ello no hubiese una vigorosa actividad propia. Por cierto que la hay, pero no le presto atención. Es evidente que tengamos que luchar y esforzarnos duramente. Pero eso lo hace Dios, lo hace Cristo en mí.

1 O sea, decirlo públicamente.

Ampliaremos ahora un poco nuestras reflexiones e interpretaciones y apliquémoslas. En este contexto puedo hacer referencia a *Santa Teresita*. Sé que la forma de la santidad de Santa Teresita, tal como muchas veces se la presenta, no corresponde a nuestro gusto alemán. Asimismo, muchos varones y sacerdotes piensan, al oír al respecto: ¡Qué va, pequeña santidad, esto es cosa de mujeres! Piensan que aquí se exige no hacer simplemente nada. Esto es erróneo. Santidad no es quietismo. Tal cosa es impensable. Deben percatarse siempre que la "pequeña santidad" no da importancia a los éxitos propios.